

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
--------------------	---

LAUDATO SI': EJERCICIO PRÁCTICO DE CONTEMPLACIÓN Y ALABANZA	10
----------------------------------------------------------------------	----

I. VER, OÍR Y JUZGAR

1. LO QUE LE ESTÁ PASANDO A NUESTRA CASA COMÚN	15
La ropa que vestimos	16
La carne que comemos	20
Productos de aseo y limpieza	27
Aparatos tecnológicos	31
Hacia una conversión ecológica	35
Todo está relacionado	39
EJERCICIO PRÁCTICO: UN BIENESTAR SOSTENIDO POR SUFRIENTO	43

II. CONVERTIRSE Y CREER EN LA BUENA NOTICIA

2. CONVERTIR LA MIRADA Y LA MANERA DE PENSAR: OBJECIONES RAZONABLES	51
Dificultades económicas	52
Algunas objeciones teóricas	57
Problemas estructurales	63
Cuestiones legales	70
Objeciones culturales	74
Escepticismo y desconfianza	79

Inconvenientes prácticos	85
Dificultades sociales	88
Aspectos psicológicos	96
Resistencias personales y miedo al cambio	99
EJERCICIO PRÁCTICO: REPASO CORDIAL	103

3. CONVERTIR LAS ACTITUDES: ALGUNAS CLAVES

DE COMPORTAMIENTO	105
Transformación personal: cambiar desde dentro ...	105
Capacidad de admiración	107
Conciencia de comunión universal	108
Lo que está en juego es nuestra propia dignidad ...	110
Alentar una cultura del cuidado	113
Creatividad que busca nuevos caminos	115
Un sano realismo: la realidad es superior a la idea .	116
Mirada integral e integradora: el todo es superior a la parte	119
Conversión comunitaria	121
Generar procesos	122
Caminemos cantando	124
Todo contribuye: el valor de las pequeñas acciones cotidianas	126
EJERCICIO PRÁCTICO: REPASO CORDIAL	128

III. CAMBIAR

4. ALGUNAS LÍNEAS DE ORIENTACIÓN Y ACCIÓN	133
Vida sana	135
Espiritualidad	140
Compasión y cercanía a los excluidos	142
Sencillez de vida	146
Consumo	151
Alimentación	157

Hogar	164
Energía y agua	168
Transporte	173
Información, formación y conciencia crítica	176
Economía	179
Política y sociedad	189
Divulgación y educación	194
EJERCICIO PRÁCTICO: REPASO CORDIAL	196
5. GUÍA PRÁCTICA DE CONVERSIÓN ECOLÓGICA	197
Vida sana	198
Espiritualidad	201
Compasión y cercanía a los excluidos	204
Sencillez de vida	205
Consumo	207
Alimentación	210
Hogar	213
Energía y agua	215
Transporte	218
Información, formación y conciencia crítica	219
Economía	220
Política y sociedad	222
Divulgación y educación	225
CONCLUSIÓN. CAMINEMOS CANTANDO	227

... no se pierde ningún cansancio generoso,
no se pierde ninguna dolorosa paciencia.
Todo eso da vueltas por el mundo como una fuerza de vida
(Evangelii gaudium 279)

Todos podemos colaborar como instrumentos de Dios para el
cuidado de la creación, cada uno desde su cultura, su
experiencia, sus iniciativas y sus capacidades
(Laudato si' 14)

No hay que pensar que esos esfuerzos no van a cambiar el
mundo. Esas acciones derraman un bien en la sociedad que
siempre produce frutos más allá de lo que se pueda constatar
(Laudato si' 212)

LAUDATO SI':
EJERCICIO PRÁCTICO DE CONTEMPLACIÓN
Y ALABANZA

Nuestro itinerario comienza con un ejercicio práctico de conciencia corporal que nos llevará a la alabanza. Para poder ser conscientes del milagro que es nuestra casa común, qué mejor procedimiento que empezar por ser conscientes del milagro de nuestra propia casa corporal. Cuanto más conscientes seamos de que nuestra propia vida y nuestro cuerpo son regalos maravillosos, más sensibles seremos a la maravilla de la creación y al daño que está sufriendo.

Aunque nuestra impaciencia nos llevará seguramente a querer seguir adelante con la lectura, seamos capaces de comenzar así, deteniéndonos, en la confianza de que esta pedagogía tiene sentido.

Busco un lugar tranquilo donde pueda realizar este ejercicio durante unos veinte minutos. Desconecto mi teléfono celular y otros dispositivos que puedan interrumpirlo.

Me siento en una postura cómoda, con la espalda y las piernas rectas... Si hay algo que me aprieta (ropa, calzado, cinturón, reloj de pulsera...), lo aflojo o me lo quito... Pongo las manos sobre las piernas o formando un cuenco entre ellas... Cierro los ojos o los dejo ligeramente entreabiertos, con la mirada baja...

Si durante este rato me vienen pensamientos, ruidos o sensaciones que me distraen –lo cual es normal–, evito la trampa de seguirlos. Con tranquilidad, los aparto y sigo en lo que estoy...

Centro mi atención en la respiración. Sin forzarla; solo percibiéndola...

Siento el aire entrar en mi cuerpo y sigo su recorrido: la nariz, las fosas nasales, la garganta, los pulmones, el diafragma... Siento cómo poco a poco mi respiración se va haciendo más pausada y profunda... Sé que el oxígeno presente en el aire, al llegar a mis pulmones, pasa al circuito sanguíneo. Y a través de él llega a todos los rincones de mi cuerpo y los llena de vida... Siento cómo todo mi cuerpo se llena de vida con cada bocanada de aire... (y voy recorriendo con atención las partes de mi cuerpo).

Tal vez una sonrisa haya apuntado en mis labios. Me encuentro bien, lleno de vida... y de paz...

El aire que entra en mí me llena de vida y de paz... Me doy cuenta de que es el mismo aire que respiran otras personas y otros seres vivos... El mismo aire que han respirado otros seres vivos antes que yo y que respirarán otros seres vivos después que yo... Todos los seres vivos estamos unidos por el aire que respiramos...

Llevo ahora mi atención al interior de mi boca... La noto húmeda, por la saliva... Las tres cuartas partes de mi cuerpo son agua... Mi cuerpo es, sobre todo, agua... Exactamente la misma agua que flota en las nubes... que corre por los arroyos y los ríos... que se agita en los océanos... Y la misma agua de la que están hechos otros seres vivos, incluidas las plantas... El agua nos une a todos los seres vivos, animales y vegetales...

Además de agua, mi cuerpo está hecho de otros elementos: calcio, fósforo, hierro... Los mismos minerales que componen la tierra... Soy tierra, estoy hecho de los mismos elementos que el planeta Tierra... La materia de la que está hecho mi cuerpo es la misma de la que están hechas las estrellas... Soy «polvo de estrellas»... Soy parte del planeta y del universo, pues mi materia es la misma materia...

Percibo de nuevo ahora los movimientos internos de mi cuerpo: todo lo que se mueve al ritmo de la respiración... El corazón, que no deja de latir... La sangre, que circula sin parar... Y la temperatura corporal... Soy un cuerpo vivo, con movimiento, con calor, con energía... La

misma energía que calienta la Tierra, que hierve en las estrellas y que mueve los astros... La misma energía de la que participo y que me hace parte de todo el cosmos...

...

Aire, agua, tierra, fuego...

- El mismo aire que me une a todos los seres humanos y a todos los seres vivos...
- La misma agua que comparto con las plantas y con nubes, ríos y mares...
- La misma materia de mi cuerpo de la que están hechas la tierra y las estrellas...
- La misma energía que mueve mi corazón y el universo...

Me quedo un rato con la atención puesta en esta conciencia de no estar aislado, de formar parte de algo que me conecta a todo y a todos, de ser criatura junto con otras criaturas...

...

Dejo brotar en lo profundo de mí, una expresión y oración de alabanza. *Laudato si', mi Signore*. ¡Alabado seas, mi Señor!

Y continúo esta alabanza con mis propias palabras...

I

VER, OÍR Y JUZGAR

Cuando ven subir una nube por el poniente dicen enseguida:
«Va a llover», y así sucede.
Cuando sopla el viento del sur, dicen: «Va a hacer calor»,
y sucede. Hipócritas: saben interpretar el aspecto de la
tierra y del cielo, pues, ¿cómo no saben interpretar el
tiempo presente? ¿Cómo no discernen por ustedes
mismos lo que es justo?
(Lc 12,54-57)

LO QUE LE ESTÁ PASANDO A NUESTRA CASA COMÚN

Después de los párrafos introductorios, Francisco dedica el primer capítulo de la encíclica a hablar de «Lo que le está pasando a nuestra casa común», en el que recoge algunos de los problemas más acuciantes del planeta: la contaminación y el cambio climático, la cuestión del agua, la pérdida de biodiversidad, el deterioro de la calidad de la vida humana, la inequidad planetaria. A continuación dedica dos capítulos para proponer un juicio sobre dicha situación, uno más basado en la Escritura («El Evangelio de la creación») y otro en la razón («Raíz humana de la crisis ecológica»), en el que vincula ese deterioro planetario con un sistema de producción y consumo que está resultando tremendamente perjudicial para la vida de muchas personas y de otras criaturas. Se repite aquí lo expuesto en *Evangelii gaudium*: la humanidad se ha organizado en torno a un sistema económico que pone en el centro el beneficio monetario en lugar de la vida de las personas y del medio natural. Se trata de un «antropocentrismo desviado» (nn. 69, 118, 119) que «da lugar a un estilo de vida desviado» (n. 122). «Hay un modo de entender la vida y la acción humana que se ha desviado y que contradice la realidad hasta dañarla» (n. 101). Desenmascarar este modo de entender la vida y este estilo de vida desviado es crucial para comprender lo que le está pasando a nuestra casa común.

En este desenmascaramiento hay un método pedagógico muy útil, y es comenzar por el final del proceso, por el consumo, e ir «tirando del hilo» hasta llegar a la producción. En

particular, comenzar por objetos cotidianos de nuestra vida diaria y preguntarnos de dónde han venido y cómo se han producido. De esta manera nos sentiremos implicados desde el primer momento. Veamos esto con algunos ejemplos.

La ropa que vestimos

Tomemos una camiseta de algodón, de las muchas que seguramente componen nuestro vestuario. El algodón es un tejido muy común en nuestros armarios roperos. Se trata de un tejido cómodo, agradable al tacto, fácilmente lavable y muy versátil. No es extraño que desde que se popularizara en el siglo XVIII ocupara el puesto de otros tejidos habituales hasta entonces, como la lana.

¿De dónde vienen las camisetas que vestimos? Aunque las hayamos adquirido en nuestro país, miremos la etiqueta: lo más probable es que se hayan manufacturado muy lejos, en Bangladesh, Camboya o China. Sabemos que, en esos países, las condiciones de trabajo son muy duras. Allí se trabaja muchas horas al día muchos días a la semana, por muy poco dinero y sometidos a mucha presión. No es raro, por ejemplo, que solo se pueda ir al cuarto de baño una vez al día o que las mujeres embarazadas sean inmediatamente despedidas.

No solo son duras las condiciones de trabajo; también son inseguras. Recordamos cómo en 2013 colapsó un edificio en Dhaka, la capital de Bangladesh, en el que murieron más de 1,100 personas y casi 2,500 resultaron heridas. Occidente se conmovió al saber que en ese edificio se cosía la ropa de marcas habituales en nuestras tiendas y almacenes. ¡De modo que así es como se confecciona la ropa que vestimos!

Cuando, al conocer esto, las grandes ONG's y organizaciones de derechos humanos preguntaron a las empresas de moda por qué fabrican la ropa en unas condiciones tan lamentables,

la respuesta fue clara: «Esa es la manera de producir barato, y los consumidores lo prefieren barato». Esto, con ser cierto, oculta otra parte de verdad: esta es la manera en que las grandes empresas obtienen más beneficios, y ese es su principal objetivo.

Nos topamos ya con ese antropocentrismo desviado que nos presenta Francisco: tanto para productores como para consumidores, el beneficio económico es el principal criterio, si no el único, de comportamiento. Por tanto, no es de extrañar que todo se organice en torno a ello y que, consecuentemente, se recorten gastos allá donde se pueda. En este caso, gastos de personal, seguridad y salubridad en el trabajo; esta es la manera de producir barato.

Pero sigamos «tirando del hilo» –y nunca mejor dicho– de nuestra prenda de algodón. Ya hemos visto dónde se manufactura y en qué condiciones. Pero, antes de ser cosido, el algodón se ha tejido y teñido. ¿Dónde y cómo? Posiblemente en una factoría en la India o en Pakistán, donde encontramos nuevamente condiciones laborales duras e inseguras. En India, la legislación permite el uso de sustancias químicas que en Europa están prohibidas por resultar nocivas tanto para los trabajadores como para el medio ambiente (sin embargo, la Unión Europea permite la importación de ropa que contenga esos productos, siempre que se hayan utilizado en otros países. Una manera de derivar a otros los problemas asociados a esas sustancias). Estos trabajadores, además de estar sometidos a largas jornadas con un salario muy reducido, están en contacto directo con esos productos químicos agresivos, lo cual merma su salud y reduce su esperanza de vida. Por otra parte, las normativas de protección medioambiental en India y Pakistán no son ni de lejos tan exigentes como las de la Unión Europea, con lo que es fácil descubrir que en esos países la degradación ambiental es muy grave, resultado de décadas de vertidos incontrolados de sustancias químicas nocivas. De nuevo el mismo principio: para

que aquí podamos acceder a ropa barata, en algún lugar están pagando costes –sociales y medioambientales– que nosotros no asumimos.

Pero sigamos «tirando del hilo». ¿Dónde y en qué condiciones se ha cultivado el algodón? Viajemos a una de las principales áreas productoras, en el centro de Asia, concretamente a las repúblicas de Kazajistán y Uzbekistán. Ya en tiempos de la Unión Soviética se decidió que estas regiones proveerían de algodón a todo su territorio, canalizando el agua de los ríos Amu Daria y Sir Daria, que vertían sus aguas al entonces llamado mar de Aral. Un programa que han heredado y continúan las nuevas repúblicas independientes.

El algodón es un cultivo que requiere grandes cantidades de productos químicos. Aunque a nivel mundial el algodón ocupa solo el 4 % de la superficie cultivada, utiliza casi el 9 % de los pesticidas agroquímicos, cerca del 20 % de los insecticidas y el 8 % de los fertilizantes químicos que se consumen en el mundo. Y además es un cultivo que necesita ingentes cantidades de agua, hasta el punto de que, como resultado de esta ambiciosa producción, en tan solo cincuenta años el mar de Aral ha perdido el 90 % de su superficie original, que era de 68,000 km². Para hacernos una idea, equivale a la superficie que se perdería si el mar se retirara unos 15 km de todas las costas de la península Ibérica. Imaginemos que España y Portugal decidieran dedicar toda el agua dulce de sus ríos a cultivar algodón para la exportación y que de resultados de esta política no llegara agua a las costas, y estas se retiraran 15 km. ¿Podemos imaginarlo: San Sebastián, La Coruña, Lisboa, la Costa del Sol, Barcelona... a 15 km del mar? ¿Seguiríamos cultivando algodón para la exportación?

«En aquellos días, el desierto se convertirá en un vergel», profetizaba Isaías (32,15) hace casi tres mil años. Pues bien, hoy estamos provocando justo lo contrario: hemos convertido el mar en un desierto. La tragedia del mar de Aral es uno de los más graves y más desconocidos desastres medioambientales de

nuestros tiempos. La mayoría de especies vegetales y animales de la zona han desaparecido. En los años sesenta del pasado siglo se llegaban a pescar 40.000 toneladas al año. Esa cantidad se ha reducido hoy a cero.

También el clima de la región se ha visto afectado de forma irrecuperable. Las tormentas de polvo son habituales, y lo peor es que no arrastran solo arena, sino también esporas tóxicas de ántrax procedentes de una antigua base secreta de investigación biológica de la Unión Soviética, instalada en una isla del lago, que ahora es un continuo desierto. No es de extrañar que los índices de enfermedades crónicas y de mortalidad infantil sean sensiblemente superiores a la media del entorno.

El drama no solo afecta a la salud medioambiental y de las personas. Se da la circunstancia de que Uzbekistán cuenta con uno de los regímenes políticos más totalitarios del mundo. Así, cada mes de septiembre, mientras niños de medio mundo comienzan sus clases, los jóvenes uzbekos dejan las aulas y son obligados a recoger algodón. La recolecta de este «oro blanco» está orquestada desde el mismo gobierno, que consigue con su venta una de sus principales fuentes de ingresos (no tanto para el Estado como para las empresas privadas en manos de la élite dirigente). En este gran campo de trabajo forzado no solo los niños son obligados a recoger la flor, también empleados del gobierno, como médicos o profesores, son amenazados con perder sus trabajos si no participan en la campaña. Aproximadamente un millón de personas son reclutadas cada año. Uzbekistán es uno de los principales exportadores de algodón del mundo, con unas 850,000 toneladas anuales, que acaban en su mayoría en Europa, después de pasar por las fábricas textiles de Bangladesh. Su materia prima es especialmente apreciada en los mercados internacionales, porque el sistema de trabajos forzados permite ofrecer precios mucho más baratos que los de sus competidores. De nuevo, esta es la manera de producir barato, lo cual beneficia tanto a las empresas productoras como a los consumidores finales.

La carne que comemos

El mundo en que vivimos ha sido configurado en buena parte por la forma de vivir de los que habitamos en países llamados desarrollados. Y esto es especialmente cierto referido a la alimentación: nuestra manera de alimentarnos tiene enormes repercusiones en otras sociedades y en el medio ambiente.

Una manera de ser conscientes de esto es reflexionar sobre la altísima dependencia del petróleo que tiene nuestra alimentación. Hay quien ha calculado que por cada caloría que obtenemos de los alimentos «convencionales» que consumimos en los países ricos han sido necesarias diez calorías procedentes del petróleo:

- Producción de pesticidas y fertilizantes, que implica extracción, transporte de las materias primas y procesado.
- Maquinaria agrícola. Extracción, transporte y fabricación de la maquinaria. Combustibles.
- Insumos: transporte de semillas, pesticidas y fertilizantes.
- Transporte de los productos, a veces a lo largo de distancias de miles de kilómetros.
- Transformación de los alimentos en productos alimentarios, incluida la producción de conservantes.
- Envasado, muchas veces en envoltorios plásticos.
- Transporte y comercialización.
- Por no hablar de la energía consumida en la publicidad, comercialización, viajes... Y en el tratamiento de los residuos que genera todo esto.

Esto es posible por el extraordinario regalo que la naturaleza ha hecho a la humanidad en forma de combustibles fósiles. Pero es un regalo que ha hecho una vez en la historia del planeta Tierra y que no volverá a repetirse. Mientras el petróleo sea relativamente abundante y barato, esta manera de producir alimentos seguirá funcionando. El día en que el petróleo sea escaso y caro vamos a tener serios problemas de alimentación.

Las consecuencias de nuestra manera de alimentarnos son aún más evidentes en lo que respecta al consumo de carne. Seguramente sea este uno de los alimentos con más repercusiones sociales y medioambientales. Sigamos, por tanto, la pista a un plato de carne, por ejemplo de ternera. Una carne que hemos podido comprar en un puesto del mercado o en una bandeja de plástico en un supermercado.

Y nos preguntamos: antes de estar en el punto de venta, esta carne, ¿dónde ha estado? Lo sabemos, aunque no siempre queramos verlo: en el rastro. Está claro que para poder comer carne de cualquier animal antes hay que matarlo. Algunas personas son sensibles a esto y rechazan matar animales para comer su carne. Otros no ven inconveniente en ello, sino en la manera como se trata a los animales a la hora de sacrificarlos. En los ámbitos rurales tradicionales, la matanza era –y sigue siendo– algo natural, a lo que los niños se habituaban desde pequeños. Los animales convivían con los humanos y, llegada la hora, se los mataba para su consumo. Pero hoy esto está muy lejos de lo que sucede en los mataderos industriales¹. «Si los rastros tuvieran las paredes de cristal, mucha gente se haría vegetariana» (Paul McCartney). ¿Por qué muchas personas ven con agrado la pieza de carne tras el mostrador del carnicero, pero serían incapaces de visitar un matadero?

De todas maneras, este es un tema abierto: la humanidad siempre se ha alimentado de carne animal. De lo que estamos hablando no es de dejar de hacerlo, sino de las repercusiones de la forma que tenemos hoy de producir carne para el consumo humano. Sigamos «tirando del hilo».

¹ Según datos del Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, en España, en 2014 se sacrificaron en los mataderos de España 829.193.328 animales, resultando de media diaria 5.980 terneras, 119.133 cerdos, 143.361 conejos y 1.972.860 aves.

Antes de pasar por el rastro, ¿dónde han estado esos animales? El imaginario colectivo, impulsado por una hábil publicidad, nos lleva a verdes praderas, rodeadas de preciosos paisajes, donde las vacas y las ovejas pastan en libertad y felicidad. Pero la realidad normalmente no es esa, sino que la inmensa mayoría de la carne que consumimos se ha producido en granjas intensivas donde los animales están hacinados, sin apenas poder moverse, sin ver la luz del sol ni salir al exterior en todo el día –y en toda su vida–, en unas condiciones físicas muy alejadas de lo que sería su condición «natural» de vida. No es extraño que muchos de estos animales muestren estados anormales de conducta, como las autolesiones o la agresividad con sus semejantes (ese es el motivo por el que a los pollitos se les corta el pico al nacer: para que no puedan dañar a otros pollos durante el duro proceso de cría al que son sometidos). De nuevo es una realidad que no vemos, pues se oculta a la mirada del público para no herir nuestra sensibilidad.

Hay un dato significativo, y es que más de la mitad de los antibióticos que se consumen en Estados Unidos y en la Unión Europea son con destino animal, no humano. A los animales así criados se les suministran antibióticos (y otras sustancias como hormonas para acelerar el crecimiento) para que puedan soportar las condiciones tan duras a las que son sometidos. De lo contrario enfermarían y morirían, como de hecho ya ocurre con un cierto porcentaje. Pero el que mueran unos pocos animales en el proceso no cuestiona el modo de producción, pues esas «pérdidas» concretas son compensadas por los beneficios globales. Y de nuevo nos topamos con la razón de ser de esta manera industrializada de producir carne: es la forma que proporciona más ganancias al productor –y, sobre todo, al distribuidor–, a la vez que hace posible colocar en el mercado ingentes cantidades de carne a un precio «competitivo». Beneficios para productores, distribuidores y consumidores a costa de perjuicios para los animales, que son tratados como mera mercancía.

Pero sigamos la pista más allá de las granjas intensivas. Estos animales así criados ¿qué comen? Desde luego no se alimentan de hierba fresca de las verdes praderas que nos muestran las imágenes publicitarias. Lo normal es que se les dé de comer forrajes, elaborados sobre todo con maíz y soya. Y estas materias primas, ¿de dónde vienen? En Europa se cultiva maíz, pero la soya procede de otros países². Si le seguimos el rastro a la soya que llega a España, fácilmente llegamos, por ejemplo, a un puerto brasileño donde la soya es cargada por toneladas en las bodegas de cargueros especializados. Y antes de llegar a ese puerto, en el caso de Brasil, esa soya se ha cultivado casi seguramente en grandes plantaciones tierra adentro, en terrenos que hasta hace relativamente poco eran selva virgen. Es así: la demanda mundial de soya lleva décadas creciendo, exactamente al mismo ritmo con que crece la demanda mundial de carne, lo cual hace que algunos países dediquen cada vez más tierra a este cultivo, a costa, en el caso de Brasil, de restar terreno a la selva tropical. Sabemos que la Amazonia se está deforestando a un ritmo alarmante; ahora sabemos que con nuestro consumo de carne estamos contribuyendo, siquiera de manera inconsciente, a esa deforestación.

No solo encontramos dramáticas consecuencias medioambientales, también sufren las poblaciones de los países productores de soya. Con frecuencia se piensa, no sin cierta lógica, que a esos países les vienen bien las exportaciones y que, por tanto, les hacemos bien comprándoles sus productos. Sin embargo, siempre debemos preguntarnos a quién benefician y a quién perjudican esas exportaciones. Porque lo cierto es que muchas veces los beneficiados son grandes corporaciones –y no es raro que sean empresas transnacionales que operan en esos países,

² España es el país de la Unión Europea que más soya importa: 5,3 millones de toneladas al año (113 kilos por habitante), la mayoría procedente de Argentina, Brasil, Estados Unidos y Paraguay.

o sea, que ni siquiera son empresas nacionales– y los perjudicados los habitantes locales, que ven sustituidos sus bosques por monocultivos de soya en manos de estas empresas. No es extraño que de vez en cuando nos lleguen noticias de líderes campesinos asesinados después de haberse opuesto a estos invasivos agronegocios. Crímenes que, para aumentar la desgracia y la injusticia, muchas veces quedan impunes.

Brasil todavía tiene mucha selva virgen –muchas «mata» que desmatar–. Si nos vamos a Argentina encontramos una diferente situación. En Argentina, la mitad de las tierras cultivadas lo son de soya para la exportación (¡un país donde hay problemas de malnutrición infantil dedica la mitad de sus cultivos a la exportación!). Y allí ya no queda mucha «mata que desmatar»; los cultivos de soya han ido sustituyendo a otros terrenos de cultivo, próximos a poblaciones rurales. Y aquí presenciamos otra escena del mismo drama.

Prácticamente la totalidad de la soya que se cultiva en el mundo para engorde de ganado es soya transgénica, es decir, una planta que ha sido modificada genéticamente para resistir a un pesticida artificial llamado glifosato. Este es muy agresivo y mata no solo las plagas, sino también a otros seres vivos vegetales y animales presentes en los suelos. El procedimiento es cómodo y rentable para el productor: se planta esa soya transgénica, se rocía con este veneno y el resultado es que se muere prácticamente todo lo que no sea la planta de soya. No hace falta ser un experto en biología para darse cuenta de que para los suelos esto supone una catástrofe, pues se pierde la biodiversidad, tan rica para la vida, como nos recuerda el papa Francisco:

Posiblemente nos inquieta saber de la extinción de un mamífero o de un ave, por su mayor visibilidad. Pero, para el buen funcionamiento de los ecosistemas, también son necesarios los hongos, las algas, los gusanos, los insectos, los reptiles y la innumerable variedad de microorganismos.

Algunas especies poco numerosas, que suelen pasar desapercibidas, juegan un rol crítico fundamental para estabilizar el equilibrio de un lugar (LS 34).

Con los monocultivos que reducen la riqueza del suelo, al final este se convierte en un mero sustrato físico, no en ese maravilloso y misterioso universo de vida microscópica que sostiene otros niveles de vida. Además, un monocultivo está más expuesto a las plagas que un policultivo donde hay presentes cientos o miles de especies que pueden responder mejor a ellas. ¿Por qué entonces los monocultivos están sustituyendo irremediablemente a los cultivos tradicionales? Por una cuestión meramente económica que tiene que ver con los beneficios de las empresas del agronegocio. Más beneficios hoy a costa de comprometer la fertilidad futura del suelo. Se olvida así que «cada comunidad puede tomar de la bondad de la tierra lo que necesita para su supervivencia, pero también tiene el deber de protegerla y de garantizar la continuidad de su fertilidad para las generaciones futuras» (LS 68).

Cuando este desastre medioambiental ocurre en mitad de la Amazonia, lejos de poblaciones humanas, sufre el medio ambiente con todas sus criaturas vivas. Pero cuando sucede junto a poblaciones rurales en Argentina sufren los seres humanos, pues el viento no conoce fronteras y el veneno rociado sobre los campos es esparcido en el aire que respiran las personas. Desde hace décadas se viene documentando el aumento alarmante de enfermedades –cánceres, infertilidades, deformaciones genéticas...– en zonas rurales del interior de Argentina debido a la exposición al glifosato. Hay movimientos ciudadanos que llevan tiempo pidiendo el control de este pesticida, pero hasta ahora el Gobierno argentino ha hecho poco caso a estos «daños colaterales», como consecuencias menores de un negocio que mueve mucho dinero.

Aquí termina de momento nuestro «juego de pistas» tras la carne de nuestros platos. Vemos que, siguiendo su rastro, en-

contramos maltrato animal, degradación medioambiental, violencia contra poblaciones locales y deterioro de la salud de personas. Y nuevamente, cuando nos preguntamos por las causas de todo esto, llegamos a un sistema de producción y consumo que pone en el centro el beneficio económico antes que la defensa de la vida.

Pero todavía hay otros aspectos más que hemos de tener en cuenta respecto a esta manera penosa de producir carne. Por una parte se trata de la cantidad de recursos materiales necesarios para producirla (ya lo hemos visto al referirnos a la dependencia del petróleo). No solo es la superficie de terreno³, también es el uso de ingentes cantidades de agua, pesticidas y fertilizantes artificiales, producción y transporte de insumos, transporte de los productos y tratamiento de los residuos. En un mundo de recursos limitados, dedicar tantos a la producción de carne resulta, más allá de consideraciones éticas, sencillamente insensato.

Por otra parte, hay un dato que se maneja en ámbitos agropecuarios llamado «índice de conversión», y es la proporción entre el alimento consumido por un animal a lo largo de su vida y el peso de ese animal en el momento de ser sacrificado. En el caso de animales de producción industrial, los procesos están estudiados para optimizar al máximo esa proporción, de forma, por ejemplo, que cuando un animal deja de crecer y, por tanto, de ganar peso, deja de ser rentable alimentarlo y está listo para el matadero. Se trata, como vamos viendo, de producir el máximo de carne con el mínimo de forraje. Y aun así la proporción en el caso de la carne de ternera está en torno a diez: hacen falta diez kilos de forraje para producir un kilo de ternera (en el caso de cerdos y corderos, la proporción viene a ser

³ Veterinarios sin Fronteras ha calculado, por ejemplo, la superficie necesaria para cultivar el alimento para el ganado que se consume en Cataluña y el resultado es superior a la tierra fértil cultivada en ese mismo territorio.

de cinco y en el caso de los pollos, de 2,5). De alguna manera podemos decir que para comer un kilo de carne de ternera hacen falta diez kilos de cereales, pero para comer un kilo de cereales solo necesitamos... un kilo de cereales. En esta manera de convertir alimentos vegetales en carne hay un claro desperdicio de nutrientes alimentarios.

Y aquí entra una cuestión de justicia. En un mundo donde, según la FAO, hay casi mil millones de personas «severamente desnutridas» –que es un eufemismo para decir «que pasan hambre»– es un escándalo inaceptable que estemos desperdiciando tantos recursos para alimentarnos con una dieta tan innecesariamente carnívora. El mundo tiene recursos suficientes para alimentar a 7,000 millones de personas, ¡pero no de esta manera! No si pretendemos que todos comamos carne todos los días, sobre todo una carne así producida. No deberíamos tener problema moral en alimentarnos con animales que han estado pastando hierba del campo –pues esta no es apta para el consumo humano–, pero, habiendo tanta gente que pasa hambre, deberíamos evitar comer carne de animales que se han alimentado con alimentos aptos para el consumo humano, sabiendo además que hacen falta diez kilos de soya y maíz para producir un kilo de ternera.

Llegados a este punto, es posible que nos preguntemos: ¿cómo podemos alimentarnos de otra manera? ¿Cómo podemos comer carne sin causar tanto daño? Es buena señal si nos hacemos estas preguntas, pero aún es pronto para dar respuestas. Sigamos adelante en nuestro particular «juego de pistas».

Productos de aseo y limpieza

He aquí algo sencillo que podemos hacer: dar la vuelta a cualquiera de los productos de limpieza y aseo que utilizamos, por ejemplo un jabón líquido o shampoo, y mirar la lista de ingre-

dientes. ¡En algunos casos necesitaremos una buena lupa! Seguramente nos sorprenderá la cantidad de componentes que leemos: algunos jabones líquidos y shampoos cuentan con más de cuarenta ingredientes distintos, la mayoría de ellos desconocidos para la gente normal.

¿Qué son estos componentes? Espesantes, emulsionantes, anticongelantes, aromatizantes, conservantes, acondicionadores... ¿Realmente hacen falta tantos elementos para fabricar un jabón líquido? La mayoría de las personas no tenemos respuesta, pero algo nos dice que las cosas podrían ser más sencillas...

Tal vez los cuarenta ingredientes de nuestro champú, así combinados, no son dañinos para nuestra piel, pero pensemos que, una vez usados, van por el desagüe y se mezclan con las decenas de ingredientes del gel de ducha, el acondicionador del cabello, el lavavajillas, el limpiador de pisos, el limpiacristales, el detergente... Es un ejercicio de paciencia, pero no es difícil: hagamos una lista con todos los ingredientes distintos de todos los productos de limpieza y aseo que utilizamos en nuestra casa: ¡centenares de ellos! Y todos esos se mezclan en el sumidero y van por las cañerías de desagüe hasta las alcantarillas, las plantas de depuración (muchos no se eliminan), ríos, acuíferos y océanos, como recuerda el papa Francisco:

Las aguas subterráneas en muchos lugares están amenazadas por la contaminación que producen algunas actividades extractivas, agrícolas e industriales, sobre todo en países donde no hay una reglamentación y controles suficientes. No pensemos solamente en los vertidos de las fábricas. Los detergentes y productos químicos que utiliza la población en muchos lugares del mundo siguen derramándose en ríos, lagos y mares (LS 29).

Los geólogos nos dicen que la cantidad de agua que hay en el planeta es siempre la misma, ¡pero es un agua cada vez más su-

cia! ¿Es necesario que para que nosotros, nuestra ropa y nuestras casas estén limpias el planeta tenga que estar cada vez más sucio? ¿No podemos lavarnos de otra manera? Queden de momento aquí estas preguntas.

Si miramos con detalle, seguramente alguno de los ingredientes de nuestros jabones líquidos y shampoos tiene un nombre parecido a *Arcorbyl Palmitate*, *Sulfopalmate* o *Methyl Palmi-tate*. Se trata de productos derivados del aceite de palma, un aceite de origen vegetal que se obtiene del fruto de la palma africana (*Elaeis guineensis*), originaria de África occidental, de la que ya se obtenía aceite hace cinco mil años. Los españoles la llevaron a América en los primeros siglos de la colonización y en épocas más recientes ha sido introducida en Asia. En particular, Malasia e Indonesia se han convertido en grandes productores de este aceite, muy barato de producir y muy versátil, pues, además de para productos de aseo, también es utilizado en alimentación y en la fabricación de biocombustibles.

Si viajamos a la isla de Borneo observaremos un fenómeno parecido al de las plantaciones de soya en la Amazonia: donde apenas hace unos años había una maravillosa selva virgen, ahora hay enormes extensiones de monocultivos de palma aceitera. Y ya vamos conociendo las consecuencias negativas de estos: «El reemplazo de la flora silvestre por áreas forestadas con árboles, que generalmente son monocultivos, tampoco suele ser objeto de un adecuado análisis. Porque puede afectar gravemente a una biodiversidad que no es albergada por las nuevas especies que se implantan» (LS 39).

Los defensores de este nuevo agronegocio argumentan que fomenta la economía y crea puestos de trabajo. Y es cierto, pero siempre debemos preguntarnos: ¿quién se beneficia y quién sale perjudicado con ello? Porque, si observamos más en detalle, veremos cómo los beneficios económicos se concentran en muy pocas manos mientras buena parte de la población local se ve forzada a emigrar. La pregunta que siempre debemos hacer-

nos no es cuánta riqueza se crea, sino a cuánta gente beneficia, cómo se reparte esa riqueza y a cuánta gente perjudica. Dar por supuesto que el crecimiento económico global beneficia a todos es una de las creencias incuestionables del sistema económico y cultural en el que vivimos. ¡Pero debemos cuestionarla!

En el caso de la isla de Borneo, lo que observamos es que, con esta manera industrializada de producir aceite, el medio ambiente es el gran perjudicado. Seguramente habremos oído hablar de la reducción progresiva de la población de orangutanes –una de las especies de simios más próximas al ser humano–, al estar perdiendo su hábitat natural. Es solo una dimensión de esta tragedia ecológica que afecta a miles de especies animales y vegetales. El papa Francisco, en el epígrafe dedicado a la «Pérdida de biodiversidad» (LS 32-42), se lamenta:

Cada año desaparecen miles de especies vegetales y animales que ya no podremos conocer, que nuestros hijos ya no podrán ver, perdidas para siempre. La inmensa mayoría se extinguen por razones que tienen que ver con alguna acción humana. Por nuestra causa, miles de especies ya no darán gloria a Dios con su existencia ni podrán comunicarnos su propio mensaje. No tenemos derecho (LS 33).

Este lamento por las especies perdidas no responde únicamente a una sensibilidad «ecologista», en el sentido tópico de preocupación por los animales en peligro; también tiene una ineludible dimensión humana y social, pues, «cuando se habla de “medio ambiente”, se indica particularmente una relación, la que existe entre la naturaleza y la sociedad que la habita» (LS 139). Dañar al medio ambiente es dañar el medio en el que vivimos los humanos. La preocupación por la naturaleza y la preocupación por los seres humanos van de la mano.

El aceite de palma no es solo uno más de los muchos ingredientes de nuestros productos de aseo: es uno de los más utilizados. Y ya vemos que detrás de él encontramos degradación

medioambiental y pérdida de biodiversidad. Y de nuevo, si nos preguntamos por las causas de esta desastrosa manera de producción, llegamos a la misma respuesta: esta manera barata de producir, que no tiene en cuenta los costes sociales y ambientales, es la que da más beneficios a productores y distribuidores a la vez que hace que los consumidores puedan acceder a estos productos a un precio asequible. Pero ya vemos que no todos salen ganando con ello.

Hemos seguido la pista al bote de shampoo o jabón líquido de nuestra ducha, es decir, al contenido del bote. Pero si siguiéramos la pista a este, ¿qué encontraríamos? ¿De dónde procede el bote de plástico que contiene nuestro shampoo? La respuesta es mucho más sencilla que la del aceite de palma: del petróleo. Y aquí las pistas nos llevarían a terrenos por desgracia conocidos: la degradación medioambiental que supone el petróleo, la corrupción que conlleva todo el dinero que mueve, la violencia y las guerras que implica... ¿Es necesario participar de toda esa suciedad para mantenernos limpios? ¿No podemos utilizar jabones sólidos, sin envases de plástico de usar y tirar, aunque nos suponga el esfuerzo de frotar la esponja o el estropajo? Es algo que veremos en el capítulo dedicado a las *líneas de orientación y acción*. De momento quede aquí este apunte.

Aparatos tecnológicos

Nuestro cuarto rastreo siguiendo la pista a objetos cotidianos de consumo nos hace preguntarnos por la procedencia de los teléfonos móviles, tabletas, ordenadores portátiles y otros dispositivos tecnológicos que están resultando imprescindibles en nuestras sociedades desarrolladas.

¿De dónde vienen, cómo se han fabricado y qué repercusiones han tenido? (De nuevo las preguntas obligatorias.) Vayamos tirando del hilo, en este caso «inalámbrico».

No es raro que las grandes compañías de telefonía ofrezcan modalidades de contrato que incluyen el suministro de teléfonos celulares. A veces incluso con la posibilidad de cambiarlos por otros nuevos al cabo de cierto tiempo. Son ofertas irresistibles para muchos consumidores, especialmente adolescentes y jóvenes. Los teléfonos celulares se han convertido en un elemento de identidad y una señal de autonomía personal que se antoja irrenunciable.

¿De dónde vienen? ¿Dónde se han fabricado? No es difícil encontrar la respuesta, pues en la mayoría de los propios aparatos encontramos esa información. Muchos de los primeros teléfonos celulares se fabricaban en Alemania y en Europa del Este. Hoy la gran mayoría se ensamblan en China, un país que se ha especializado en el montaje de pequeños electrodomésticos medianos y de aparatos electrónicos. Allí los trabajadores pasan muchas horas al día, muchos días a la semana, sentados sobre sus mesas de montaje en tareas minuciosas y repetitivas, ejercitadas con gran velocidad y precisión. Los orientales en general, y los chinos en particular, se caracterizan por ser muy capaces para este tipo de labores (de ahí viene la expresión «trabajo de chinos»). Y todo esto por muy poco dinero. Por eso cualquiera que tenga algo que ensamblar hoy en el mundo acude a China (y también a Camboya, Singapur, Vietnam y otros países de los llamados «tigres asiáticos») a contratarlo, pues en ningún otro lugar del mundo encontrará precios tan «competitivos». Una vez más constatamos cómo el criterio de la maximización de la ganancia es el que configura los mapas laborales. En China, como en Bangladesh, las condiciones de trabajo son muy duras; aunque, que sepamos, no tan inseguras: al menos no nos llegan noticias de desplomes de edificios.

China es un país, por tanto, especializado en ensamblaje de aparatos, pero la fabricación de las piezas y el origen de sus materiales no siempre se localizan en el país. En concreto, para la fabricación de los teléfonos celulares es imprescindible un

componente que no se encuentra en China. Se trata del coltán (colombio-tántalo), un mineral que tiene la asombrosa capacidad de ser un excelente conductor, calentándose mucho menos que otros metales. Por eso resulta imprescindible en la fabricación de aparatos de microelectrónica, como teléfonos celulares, tabletas y ordenadores portátiles.

Se trata de un mineral difícil de encontrar. Aproximadamente un 10 % de los yacimientos a nivel mundial está en Australia y otro tanto en otros países. El resto, un 80 %, en el este de la República Democrática del Congo, donde las condiciones de trabajo son no solo duras e inseguras, sino también muchas veces en condiciones de esclavitud, incluyendo el trabajo forzado de niños, pues sus cuerpos y dedos más menudos son más aptos para el trabajo en las reducidas galerías de las minas.

La República Democrática del Congo es un país riquísimo en recursos naturales que lleva años a la cola en la lista del Índice de Desarrollo Humano (IDH) del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Una serie de gobiernos inestables y corruptos, junto con la fragilidad de las instituciones estatales y la injerencia interesada de agentes externos, han propiciado un Estado fallido donde la violencia ya es algo crónico. Según datos de Naciones Unidas, en el este del país se estiman más de cinco millones de muertes violentas en la última década, unas cifras impresionantes y escandalosas que deberían movilizar a la opinión pública y a los gobiernos de todo el mundo. Y, además de los millones de muertos, los incontables casos de mujeres violadas, familias desplazadas, niños sin escuela...

¿Por qué sucede todo esto? Las propias Naciones Unidas no dudan en reconocer que este clima de violencia está relacionado con la rapiña de recursos naturales, especialmente mineros y más especialmente vinculados al coltán. Desde los países vecinos a la región de los Lagos –Uganda, Ruanda y Burundi– se promueven los grupos guerrilleros que controlan la región sin que hasta ahora la presencia de los «cascos azules» de Naciones

Unidas haya podido establecer un orden efectivo y duradero (aunque seguramente la situación sería mucho peor sin esa presencia).

El drama de la República Democrática del Congo es «el genocidio del que nadie habla», una tragedia de la que los medios de comunicación convencionales apenas se hacen eco. Y es que hay muchos intereses en juego, intereses económicos de quienes sacan beneficio de este «río revuelto» cargado de minerales. Y en último término estamos los consumidores, que disfrutamos de nuestros aparatos electrónicos a un precio sensiblemente inferior al que sería si se tuvieran en consideración todos los costes humanos que conllevan.

Una vez en África, y para completar el itinerario de nuestro rastro, además de preguntarnos de dónde vienen nuestros aparatos electrónicos podemos preguntarnos también adónde van al término de su vida útil. Porque si le seguimos la pista a la electrónica que desechamos, tal vez nos llevemos la sorpresa de vernos de nuevo en el continente africano, ahora en algún vertedero electrónico en Costa de Marfil o Ghana.

La Unión Europea tiene prohibida la exportación de basura electrónica, pero no la de «material informático de segunda mano». Es cuestión de etiquetado, con lo que a estos países llegan semanalmente toneladas de aparatos electrónicos desechados por los mercados europeos. Muchos de estos aparatos ya no funcionan y allí son desguazados por hombres y jóvenes en condiciones precarias que ponen en peligro su salud al estar directamente en contacto con los materiales tóxicos de los chips. No solo sufre la salud de estas personas; también la del medio ambiente, cada vez más contaminado por metales pesados y otros componentes químicos. Está claro que «hacen falta marcos regulatorios globales que impongan obligaciones y que impidan acciones intolerables, como el hecho de que países poderosos expulsen a otros países residuos e industrias altamente contaminantes» (LS 173).

Rapiña, violencia, trabajos forzados, migraciones e inestabilidad social en el origen del mineral. Daño a la salud de las personas y degradación medioambiental al final del recorrido. De África a África pasando por las factorías de China y los mercados occidentales. De nuevo, esta es la manera barata de producir bienes de consumo masivos para una población que, hasta ahora, poco se pregunta por la procedencia de los objetos de consumo que utiliza.

Hacia una conversión ecológica

Detrás de nuestras camisetas de algodón, y de nuestros alimentos, y de los productos de limpieza y aseo, y de nuestros teléfonos celulares y computadoras, y detrás también de nuestros vehículos, y de la manera como nos desplazamos, y de la energía que utilizamos, y del dinero que depositamos en los bancos... En definitiva, detrás de nuestra forma de vida casi siempre encontramos explotación de personas y deterioro medioambiental. Es así. Así funciona el sistema de producción y consumo en el que vivimos. Un sistema que hace que las grandes empresas aumenten sus beneficios (y su poder) y que los consumidores podamos acceder a gran cantidad de objetos de consumo sin ser conscientes de que hay unos costes humanos, sociales y medioambientales que no estamos pagando. Un sistema que establece como principal objetivo el beneficio económico por encima del respeto a las personas y a la naturaleza:

Mientras tanto, los poderes económicos continúan justificando el actual sistema mundial, donde priman una especulación y una búsqueda de la renta financiera que tienden a ignorar todo contexto y los efectos sobre la dignidad humana y el medio ambiente. Así se manifiesta que la degradación ambiental y la degradación humana y ética están

íntimamente unidas. Muchos dirán que no tienen conciencia de realizar acciones inmorales, porque la distracción constante nos quita la valentía de advertir la realidad de un mundo limitado y finito. Por eso, hoy «cualquier cosa que sea frágil, como el medio ambiente, queda indefensa ante los intereses del mercado divinizado, convertidos en regla absoluta» (LS 56).

Es el momento de recuperar las preguntas que nos hemos ido haciendo a lo largo de nuestro «juego de pistas»: ¿es inevitable tanto sufrimiento? ¿Es posible alimentarse, vestirse, lavarse, utilizar la tecnología... sin contribuir a tanto desajuste y dolor? ¿Podemos llevar una vida socialmente aceptable sin causar tanto daño?

Es normal que nos preguntemos estas cosas. Nos consideramos buena gente, no queremos hacer mal a nadie. Y ahora resulta que con nuestra manera de vivir estamos contribuyendo al sufrimiento de otras personas, de otras criaturas vivas y de la creación. No es maldad; ha sido ignorancia e inconsciencia. Como creyentes, además, descubrimos esta incoherencia de hecho entre nuestra fe y la manera como vivimos. ¿Cómo es posible que no hayamos reparado antes en esto? «En todo caso, habrá que interpelar a los creyentes a ser coherentes con su propia fe y a no contradecirla con sus acciones, habrá que reclamarles que vuelvan a abrirse a la gracia de Dios y a beber en lo más hondo de sus propias convicciones sobre el amor, la justicia y la paz» (LS 200).

La llamada a la *conversión ecológica* se convierte así en una cuestión de plena actualidad y necesidad:

Pero también tenemos que reconocer que algunos cristianos comprometidos y orantes, bajo una excusa de realismo y pragmatismo, suelen burlarse de las preocupaciones por el medio ambiente. Otros son pasivos, no se deciden a cambiar sus hábitos y se vuelven incoherentes. Les hace falta

entonces una conversión ecológica, que implica dejar brotar todas las consecuencias de su encuentro con Jesucristo en las relaciones con el mundo que los rodea. Vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa, no consiste en algo opcional ni en un aspecto secundario de la experiencia cristiana (LS 217).

El papa Francisco nos recuerda que «lo que el Evangelio nos enseña tiene consecuencias en nuestra forma de pensar, sentir y vivir» (LS 216). Todo está relacionado. Todo contribuye. Nuestras acciones cotidianas tienen repercusiones, cerca y lejos, y el Evangelio nos invita a ser conscientes de ello y a obrar en consecuencia. ¿Qué podemos hacer?

Lo primero es empezar por tomar conciencia de que estamos ante una cuestión de gravísima importancia que afecta a la vida y la salud de muchas personas y del medio ambiente, y que tiene mucho que ver con la manera como vivimos la mayoría de los que habitamos en los países desarrollados:

Como suele suceder en épocas de profundas crisis, que requieren decisiones valientes, tenemos la tentación de pensar que lo que está ocurriendo no es cierto. Si miramos la superficie, más allá de algunos signos visibles de contaminación y de degradación, parece que las cosas no fueran tan graves y que el planeta podría persistir por mucho tiempo en las actuales condiciones. Este comportamiento evasivo nos sirve para seguir con nuestros estilos de vida, de producción y de consumo. Es el modo como el ser humano se las arregla para alimentar todos los vicios autodestructivos: intentando no verlos, luchando para no reconocerlos, postergando las decisiones importantes, actuando como si nada ocurriera (LS 59).

Sin embargo, lo cierto es que:

Las predicciones catastróficas ya no pueden ser miradas con desprecio e ironía. A las próximas generaciones podríamos dejarles demasiados escombros, desiertos y suciedad. El ritmo de consumo, de desperdicio y de alteración del medio ambiente ha superado las posibilidades del planeta, de tal manera que el estilo de vida actual, por ser insostenible, solo puede terminar en catástrofes, como de hecho ya está ocurriendo periódicamente en diversas regiones (LS 161).

Seamos, pues, conscientes de que estamos ante un reto de envergadura que implica «cambios profundos»: «Toda pretensión de cuidar y mejorar el mundo supone cambios profundos en “los estilos de vida, los modelos de producción y de consumo, las estructuras consolidadas de poder que rigen hoy la sociedad”» (LS 5).

¿Qué podemos hacer entonces? La pregunta es más que pertinente, pero la respuesta no está solo ni en primer lugar en el nivel del hacer. Si leemos en profundidad *Laudato si'* encontramos cómo el *hacer* es algo que debe venir acompañado del *convertir* la mentalidad y las actitudes. Algo que está en línea con el mismo Evangelio:

Se presentaron unos a contar a Jesús lo de los galileos cuya sangre había vertido Pilato con la de los sacrificios que ofrecían. Jesús les contestó: «¿Piensan que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos porque acabaron así? Les digo que no; y, si no se convierten, todos perecerán lo mismo. Y aquellos dieciocho que murieron aplastados por la torre de Siloé, ¿piensan que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Les digo que no. Y, si no se convierten, todos perecerán de la misma manera» (Lc 13,1-5).

Vivimos, por tanto, inmersos en un sistema de producción y consumo que precisa de profundos cambios. Pero es ilusorio pensar que el sistema puede cambiar sin que cambiemos las

personas. Por eso es necesaria una *conversión ecológica* que abarque todas las dimensiones de la persona y de la vida social. Todo es importante, porque todo está relacionado.

Todo está relacionado

La expresión «todo está relacionado» se repite cinco veces en la encíclica, otras cinco veces aparece la frase «todo está conectado», y otras muchas se repite la misma idea con otras palabras. He aquí uno de los ejes transversales de *Laudato si'*. ¿Qué es lo que está relacionado? Hagamos una rápida síntesis:

-La naturaleza es una trama de relaciones. «Porque todas las criaturas están conectadas, cada una debe ser valorada con afecto y admiración, y todos los seres nos necesitamos unos a otros» (LS 42). «La interdependencia de las criaturas es querida por Dios. El sol y la luna, el cedro y la florecilla, el águila y el gorrión, las innumerables diversidades y desigualdades significan que ninguna criatura se basta a sí misma, que no existen sino en dependencia unas de otras, para complementarse y servirse mutuamente» (LS 86). «Así como los distintos componentes del planeta –físicos, químicos y biológicos– están relacionados entre sí, también las especies vivas conforman una red que nunca terminamos de reconocer y comprender» (LS 138).

-Los seres humanos formamos parte de esa trama maravillosa. «Esto nos impide entender la naturaleza como algo separado de nosotros o como un mero marco de nuestra vida. Estamos incluidos en ella, somos parte de ella y estamos interpenetrados» (LS 139). No estamos *sobre* la naturaleza, sino *en* la naturaleza. «Siendo creados por el mismo Padre, todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal, una sublime comunión que nos mueve a un respeto sagrado, cariñoso y humilde» (LS 89). Esto supone «la amorosa conciencia de no estar desconectados de

las demás criaturas, de formar con los demás seres del universo una preciosa comunión universal» (LS 220).

- La preocupación por la naturaleza y la preocupación por las personas son expresiones de una misma sensibilidad. «El ambiente humano y el ambiente natural se degradan juntos, y no podremos afrontar adecuadamente la degradación ambiental si no prestamos atención a causas que tienen que ver con la degradación humana y social» (LS 48). «Hoy no podemos dejar de reconocer que un verdadero planteo ecológico se convierte siempre en un planteo social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres» (LS 49). «No puede ser real un sentimiento de íntima unión con los demás seres de la naturaleza si al mismo tiempo en el corazón no hay ternura, compasión y preocupación por los seres humanos» (LS 91).
- El nivel personal está relacionado con el nivel social. «Si todo está relacionado, también la salud de las instituciones de una sociedad tiene consecuencias en el ambiente y en la calidad de vida humana: “Cualquier menoscabo de la solidaridad y del civismo produce daños ambientales”. En ese sentido, la ecología social es necesariamente institucional, y alcanza progresivamente las distintas dimensiones que van desde el grupo social primario, la familia, pasando por la comunidad local y la nación, hasta la vida internacional» (LS 142).
- Están relacionados el cuidado de uno mismo, de los demás y de la naturaleza. «En estos relatos tan antiguos [de la Biblia], cargados de profundo simbolismo, ya estaba contenida una convicción actual: que todo está relacionado, y que el auténtico cuidado de nuestra propia vida y de nuestras relaciones con la naturaleza es inseparable de la fraternidad, la justicia y la fidelidad a los demás» (LS 70).

«Paz, justicia y conservación de la creación son tres temas absolutamente ligados» (LS 92). «Si la crisis ecológica es una eclosión o una manifestación externa de la crisis ética, cultural y espiritual de la modernidad, no podemos pretender sanar nuestra relación con la naturaleza y el ambiente sin sanar todas las relaciones básicas del ser humano» (LS 119).

Finalmente, como broche precioso que Francisco se reserva para el final de la encíclica, nos recuerda que «las Personas divinas son relaciones subsistentes, y el mundo, creado según el modelo divino, es una trama de relaciones» (LS 240). ¡Preciosa constatación! El mundo es una trama de relaciones porque el mismo Creador es una trama de relaciones.

A los cristianos se nos abre aquí una maravillosa puerta de comprensión del misterio de la Trinidad: «Todo está conectado, y eso nos invita a madurar una espiritualidad de la solidaridad global que brota del misterio de la Trinidad» (LS 240). Los cristianos estamos en disposición de comprender más fácilmente que el mundo, la naturaleza, el cosmos, son en esencia relaciones entrelazadas, porque creemos en un Dios que es, en esencia, relación amorosa, dinámica, fecunda:

Las criaturas tienden hacia Dios, y a su vez es propio de todo ser viviente tender hacia otra cosa, de tal modo que en el seno del universo podemos encontrar un sinnúmero de constantes relaciones que se entrelazan secretamente. Esto no solo nos invita a admirar las múltiples conexiones que existen entre las criaturas, sino que nos lleva a descubrir una clave de nuestra propia realización. Porque la persona humana más crece, más madura y más se santifica a medida que entra en relación, cuando sale de sí misma para vivir en comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas. Así asume en su propia existencia ese dinamismo trinitario que Dios ha impreso en ella desde su creación (LS 240).

En esto radica lo más esencial del Dios en el que creemos los cristianos: no es un Dios inmóvil y estático, sino un Dios amor que pone en juego su ser amor, que ha imprimido en la creación su dinamismo de amor y que invita a todas las criaturas a formar parte de ese dinamismo amoroso. Solo por ahondar un poquito más en este misterio ya merece la pena leer *Laudato si'*.

EJERCICIO PRÁCTICO: UN BIENESTAR SOSTENIDO POR SUFRIMIENTO

Hemos hecho un recorrido por lo que hay detrás de algunos de los objetos cotidianos de consumo que son parte de nuestro estilo de vida. Como bien advierte el papa Francisco, «el objetivo no es recoger información o saciar nuestra curiosidad, sino tomar dolorosa conciencia, atrevernos a convertir en sufrimiento personal lo que le pasa al mundo, y así reconocer cuál es la contribución que cada uno puede aportar» (LS 19).

Preciosa advertencia. Como escribía san Pablo, «el conocimiento engríe; el amor edifica» (1 Cor 8,1). Lo importante no es tanto alimentar nuestro conocimiento como cultivar nuestra sensibilidad hacia el dolor ajeno. Por eso terminamos este capítulo con una nueva propuesta de ejercicio de conciencia corporal. Se trata de pasar por el corazón todo esto que hemos visto, convirtiendo en sufrimiento personal lo que le pasa al mundo, como paso necesario para la conversión ecológica.

Busco un lugar tranquilo. Desconecto mi celular y otros dispositivos que puedan interrumpir este ejercicio. Me siento en una postura cómoda, con la espalda y las piernas rectas...

Centro mi atención en la respiración. Sin forzarla; solo percibiéndola, aunque seguramente sienta cómo poco a poco mi respiración se va haciendo más pausada y profunda...

Percibo mi cuerpo en su totalidad y en cada una de sus partes...

Me siento bien, me siento vivo... Me siento en conexión con todos los seres vivos... Me siento parte de una creación que está viva...

Me encuentro bien... Y, casi sin darme cuenta, una sonrisa ha apuntado en mis labios... Siento mi cuerpo a gusto y en equilibrio... Me hago consciente de la maravilla y del milagro que es estar vivo...

...

Dirijo mi atención a la percepción de mi piel en contacto con el aire... Siento su temperatura, tal vez un ligero movimiento de aire en torno a mi piel... Y también el contacto de mi piel con la ropa que llevo puesta... Siento la textura y la presión... Siento cómo la ropa protege y abriga mi cuerpo, y lo agradezco...

Intento imaginarme de dónde ha venido esta ropa antes de estar aquí, sobre mi cuerpo... Visualizo a otras personas cortando las piezas de tela... Cosiéndolas... Veo sus manos trabajar la tela, sus caras fijadas en la labor... Son personas como yo, con sus dificultades, sus alegrías, sus seres queridos... Veo el sufrimiento en sus caras, el cansancio, la dureza de sus vidas...

Sigo «tirando del hilo» y visualizo a otras personas cargando los tejidos, sumergiéndolos a mano en contenedores de colores... Intento percibir el olor a los productos químicos con los que se tiñen los tejidos... Siento el sufrimiento de estas personas, su poca salud, y también el sufrimiento de la Madre Tierra que sufre tanta contaminación química...

Me imagino entre campos de cultivo... junto a personas de todas las edades cosechando el algodón... Siento el sufrimiento de la tierra degradada, agotándose...

Vuelvo a sentir la ropa en contacto con mi piel... Una ropa cargada de dolor...

...

Probablemente, la ropa que llevo ahora puesta está limpia, como mi piel... Tomo conciencia de la última vez que me he lavado, seguramente hoy mismo... Reconozco que parte de mi bienestar se debe al hecho de sentirme limpio...

Intento recordar los productos que han contribuido a que mi piel y mi ropa estén limpios... Jabones, geles, shampoos... Y me imagino a las personas que los han fabricado, personas como yo...

Me introduzco con la imaginación en el interior de estos productos de limpieza... Buceo entre sus componentes... Tal vez encuentre muchos elementos químicos que no conozco... Viajo con ellos primero a través de mi piel y después por las cañerías y alcantarillas... Noto cómo se van añadiendo otros muchos productos químicos que van alterando la composición del agua... Siento cómo soy arrojado a un río junto con todos esos productos... Y experimento el sufrimiento de la Madre Tierra, que se queja ante tanta contaminación en sus aguas...

Me voy ahora con mi imaginación a una isla del Pacífico... Visualizo las extensiones infinitas de palma aceitera... Intento recordar cómo eran estos paisajes hace cinco, diez, veinte años... Me siento en comunión con los seres vivos que los habitaban... Y siento como propio el dolor de la creación, que gime... La limpieza de mi cuerpo y de mi ropa se sostienen sobre ese dolor...

...

Vuelvo a sentir mi cuerpo, en maravilloso equilibrio y bienestar... Me encuentro bien, de temperatura y humedad, de ritmo cardíaco, de otros indicadores corporales...

Me hago consciente de que me encuentro bien, entre otros motivos, porque mi cuerpo está bien alimentado... Intento recordar lo último que he comido, quizá hace tan solo un rato... Y me siento afortunado de haber podido hacerlo...

Me pregunto de dónde vienen los alimentos que he tomado y viajo con mi imaginación... Veo los campos de cereal rociados tal vez con venenos... Los inmensos campos de soja que alimentarán a los animales encerrados en granjas intensivas... Y me sumerjo en la tierra: una tierra cada vez más empobrecida de nutrientes, cargada de fertilizantes y pesticidas, regada con la energía del petróleo...

Me hago consciente del sufrimiento que hay en los alimentos que tomo... Mi salud corporal descansa sobre el dolor de otras criaturas y de la creación...

...Vuelvo a sentir mi cuerpo, mi respiración... Me encuentro bien... Y me hago consciente de que este bienestar mío se apoya en el sufrimiento de otras criaturas... Hago mío este dolor...

...

Reconozco en lo profundo de mí una voluntad de no querer contribuir a más dolor y sufrimiento... ¡No mientras yo sea consciente! ¡No mientras pueda evitarlo!...

Y descubro, en lo profundo de mí, una voluntad de conversión... Voluntad de no querer contribuir a más sufrimiento, de hacer lo que dependa de mí para evitarlo y aliviarlo...

Acojo esta voluntad de conversión, la acaricio, valoro, agradezco...

Y hago de ella una oración, en la forma como yo suelo hacerlo...

...

Con la encíclica *Laudato si'*, el papa Francisco ha acertado a poner sobre la mesa de los católicos –y de todas las personas de buena voluntad– una cuestión que llevaba décadas planteándose: el cuidado de nuestra casa común. Un grito de la tierra que guarda una estrecha relación con el grito de los pobres, que son los que más sufren las consecuencias de la degradación medioambiental. Ese doble grito brota de un mismo dolor causado por un sistema de producción y consumo depredador, que ha puesto en el centro el beneficio económico en lugar de la defensa de la vida. Esto no es una casualidad ni una fatalidad, sino que responde a un determinado paradigma de pensamiento y comportamiento, del que, a veces de forma inconsciente, participamos todos. Este libro ofrece una guía práctica de conversión ecológica, que parte de la mirada crítica a lo que le está pasando a nuestra casa común y atraviesa la conversión de la mentalidad y las actitudes antes de llegar a algunas líneas de orientación y acción.

185348

ISBN 978-607849772-0



mx.ppc-editorial.com